

TEMAS

TOLEDANOS

UNA INSTITUCION TOLEDANA:
DON CLEMENTE PALENCIA FLORES



66

Rafael Fernández Pombo

i.p.i.e.t.

TEMAS **TOLEDANOS**

director del I.P.I.E.T.

Julio Porres Martín-Cleto

director de la colección

José Gómez-Menor Fuentes

consejo de redacción:

José María Calvo Cirujano, José Gómez-Menor Fuentes,
Ricardo Izquierdo Benito, Ventura Leblíc García y
Fernando Martínez Gil

colaboradores

Rafael del Cerro Malagón, Fernando Dorado Martín y
Julio Porres de Mateo

administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Pza. de la Merced, 4 · Telf. 22 52 00
TOLEDO

Rafael Fernández Pombo

**UNA INSTITUCIÓN TOLEDANA:
DON CLEMENTE PALENCIA FLORES
(Apuntes para una entrañable biografía)**

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

Depósito Legal: TO. 298/1991

ISBN: 84-87103-12-X

Imprime: Ediciones Toledo, S.L.

BIOGRAFÍA

Rafael Fernández Pombo

En Mora transcurre toda su infancia y juventud. Maestro Nacional, ejerce en diferentes pueblos de la provincia de Toledo. Reside en Puebla de Montalbán desde 1959. Cuenta en su haber más de ciento cincuenta premios de Poesía. Copiosamente ha difundido sus poemas, tanto escrita como oralmente, publicando muchísimo en diarios y revistas y dando recitales en diversas ciudades de España y en el extranjero. Diversas antologías *Sombra de Dios*, *Suma Poética Guadalupense*, *El Ciprés de Silos*, entre otras, han recogido parte de su obra. Académico correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

FE DE ERRATAS

Se han observado las siguientes:

- Pág. 9.-** *Pie del dibujo*, debe decir: **Santo Domingo el Real**
- Pág. 15.-** *Pie del dibujo*, debe decir: **Plza. de Marrón (Domicilio que habitó D. Clemente Palencia)**
- Pág. 23.-** *Pie del dibujo*, debe decir: **Instituto Nacional de Segunda Enseñanza**

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Rafael Fernández Pombo

**UNA INSTITUCION TOLEDANA:
DON CLEMENTE PALENCIA FLORES
(Apuntes para una entrañable biografía)**



Toledo
Diputación Provincial
1991

*“Siento profunda envidia por aquel
personaje de Gabriel Miró, que
buscaba la felicidad de la
insignificancia...”*

Clemente Palencia.

INTRODUCCIÓN

“Nació bajo el signo de los poetas, de los Reyes, de los augures y de los sabios...”

Esperanza Pedraza.

“Don Clemente Palencia es designado miembro de número de esta Real Academia el seis de diciembre de 1942” ... “De esta manera se inicia la prolongada y fructífera andadura de don Clemente hasta poder ser considerado como una de las figuras más importantes habidas a lo largo de toda la historia de la Institución”.

Rafael Sancho de San Román.

“Con el fallecimiento de Clemente Palencia se cierra un período de cultura toledana que se abriera por el año 1931...”

Fernando Jiménez de Gregorio.

“En esta sesión necrológica que estamos llevando a cabo para honrar la memoria del que fue Académico ilustre, Secretario de esta docta corporación, profesor emérito, archivero fecundo, escritor prolífico y toledano de pro...”

Rafael Fernández Pombo.

Con estas palabras daban comienzo a sus respectivos parlamentos quienes habían sido designados por la Academia toledana para intervenir en la sesión pública y solemne que tuvo lugar en la sede académica el día de 1989, con el fin de rendir póstumo homenaje y enaltecer la figura de quien en tantas ocasiones alzó su voz para celebrar los méritos ajenos ensalzando y dando relevancia a cuantos intervenían ante el atril de los conferenciantes y en el estrado de las presidencias.

Si el lector profundiza un poco en las frases seleccionadas y que fueron apertura de cada una de las intervenciones, es posible que logre, -sintetizada, pero por eso mismo, densa-, una semblanza exacta de don Clemente. Se subrayan en los iniciales fragmentos noticias tan cabales como las que se refieren a su nacimiento, al ingreso en la Real Academia

de Bellas Artes y Ciencias Históricas, a la categoría alcanzada dentro de esa misma Institución, a su posición dentro de la cultura toledana de un amplio período y a sus múltiples dedicaciones en el campo de la enseñanza, la archivística, el periodismo y la poesía y, más aún, a su acendrado toledanismo. Bastarían pues, esas notas preliminares para dejar más que bosquejado el retrato que ahora tratamos de acabar dando pinceladas de mayor precisión, acentuando matices, fijando contornos y, después, como corresponde a toda obra que se pretende terminada, ciñéndola con el marco que la conviene que en este caso no es otro que el del propio Toledo. Porque Clemente Palencia fue un auténtico enamorado de esta milenaria y noble conjunción de Arte y de Historia, de tal modo que, cuando fallecía en su Lucillos natal el 24 de abril de 1989, estaban a punto de cumplirse las bodas de oro, -toda una vida dedicada a Toledo-, entre el escritor y la ciudad.

EL PROFESOR

Nació don Clemente -ya lo hemos dicho-, en Lucillos el día 23 de noviembre de 1906. Quiso Dios que la muerte le sorprendiera ochenta y dos años más tarde en el mismo pueblo, en la misma casa de sus mayores. Nacer y morir, -abrir y cerrar el paréntesis de la existencia-, en un mismo lugar y bajo un mismo techo es privilegio que a no todos les es dado. No era hombre propicio al desarraigo. Conservador en muchos aspectos de su vida, Lucillos fue para él punto de partida y de retorno hacia dos ciudades que, cada una por una razón y en una medida polarizaron muchos años de trabajo y dedicación; a levante, por donde salía el sol de sus diarias ilusiones, Toledo. A poniente, con un presentimiento casi constante de ocaso y de final, Talavera. Enlazando ambas poblaciones el río de Garcilaso, el también tantas veces cantado por don Clemente. Porque Lucillos, -toledano administrativamente- es, por situación y otras características de la Tierra de Talavera, la comarca que, -nos lo recuerdo el profesor Jiménez de Gregorio-, lleva por nombre "El Horcajo de Santa María". Toledo, reconociendo su labor, le nombró "Hijo Adoptivo", Talavera, por aquello de haber nacido en el ámbito de su "Tierra" le concedió el título de "Hijo Predilecto" patentizando su gratitud del modo que más puede agradar a un profesor: dedicándole un colegio que lleva su nombre.

Lucillos está al norte del Tajo, por las suaves llanuras cruzadas



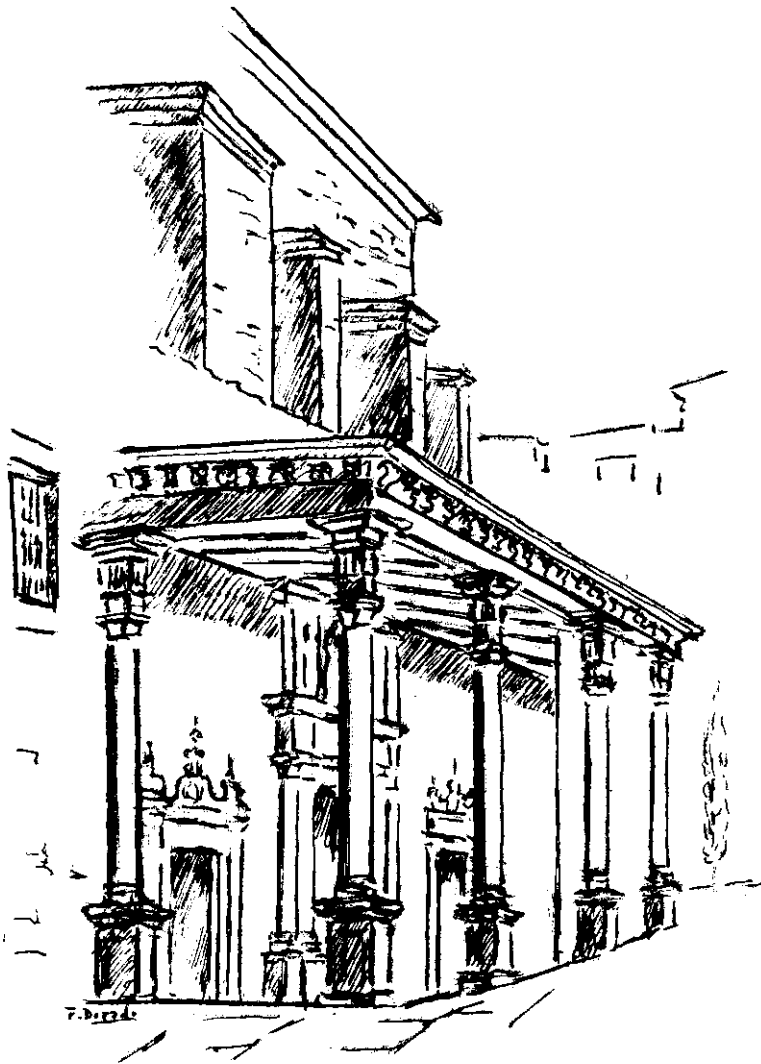
Iglesia de Lucillos.

por dos modestos afluentes, el arroyo Brugel y el arroyo Ventalá, los dos tributarios del Alberche. No anda lejos de los viñedos de Montearagón que dan un vino más dorado todavía que el tono de los pámpanos cuando hacia el otoño convierten a las viñas en horizontales retablos barrocos. Dicen que el nombre de Lucillos proviene del homónimo que significa urna sepulcral de piedra. Cualquiera sabe. Lo cierto es que ya figuraba con tal nombre en la época de los Reyes Católicos. El famoso catastro de Ensenada le incluye en el censo de 1752. Tributaba a la parroquia de El Salvador de Talavera de la Reina.

Tiene Lucillos un buen templo parroquial, el de la Asunción de Nuestra Señora, que guarda, dentro de sus tres naves de proporciones solemnes, imágenes y retablos del XVII. En Lucillos casi todos son labradores. La familia de don Clemente vivía también inmersa en esas preocupaciones agrícolas que eran generales en el pueblo. Pero Clemente siguió estudios porque siendo de natural estudioso pensaron que era el camino más adecuado para él.

De niño, -seguimos a Esperanza Pedraza-, cursó estudios eclesiásticos en el Seminario de Toledo. Los años de Seminario proporcionarían a nuestro biografiado una firme formación humanística que luego fue acrecentando a lo largo de su vida. Compartió aulas y profesores con otros toledanos que llegarían a ser ilustres, así Don Angel Salamanca y Don Anastasio Granados, obispo auxiliar de la diócesis toledana y titular, después, de la de Palencia. Refugiado en Lucillos durante la guerra civil, una vez terminada la contienda se trasladó a Madrid para seguir en la Universidad Complutense los estudios, -y alcanzar la licenciatura-, de Filosofía y Letras. Eran los años cuarenta. En aquella universidad madrileña, todavía en la calle de San Bernardo, lejos del *campus* surcado aún por las trincheras, coincidirá con quienes llegarían a ser personajes notorios al correr del tiempo y que entonces eran como él estudiantes de la postguerra. Entre otros, un nombre que recordaba y de cuya amistad se enorgullecía, Carmen Marañón, la hija del ilustre doctor por tantas y tan poderosas razones vinculado para siempre a Toledo.

Cuando don Clemente llega a Toledo, -"tiempos heroicos" los ha llamado Esperanza Pedraza-, se integra inmediatamente en ese grupo de hombres que, por fortuna, no han faltado nunca en esta ciudad y que son los que, de uno u otro modo, promueven, protegen, consolidan, los movimientos culturales que vienen a ser algo así como la prueba palpable de que el corazón de Toledo late, de que la ciudad no es sólo un recuerdo, sino que vive y respira, palpita y se estremece. A la nómina



Instituto N. de Segunda Enseñanza. Toledo.

de los San Román, de los Téllez, de los Castaños, de tantos otros incorporados en la postguerra a trabajar en y por Toledo, se uniría el de Palencia. Buen lugar para aglutinar tan hermosos anhelos sería la Asociación de Artistas Toledanos *Estilo*, cuya revista, *Ayer y Hoy*, -entronque entre el pasado glorioso y el hoy definitorio por vivo y presente- dirigía nuestro biografiado.

Profesor en el Instituto de Enseñanza Media en el que explicó durante toda su vida profesional, fueron enseguida sus pasos y afanes encaminados tanto al enaltecimiento del edificio que mandara levantar el Cardenal Lorenzana, como a poner de manifiesto la personalidad interesantísima del Cardenal ilustrado. Con unas conferencias pronunciadas en el Paraninfo del citado Instituto y con motivo de la Fiesta del Libro, don Clemente traza una acabada semblanza del purpurado. Recuerda la que fue Universidad, sitúa al personaje con todo lujo de detalles en la época de la que fue sin duda claro exponente y aboga, en fin, por la recuperación del nombre de Lorenzana para el Instituto de Enseñanza Media. Más tarde, en 1946, publicaría, -Editorial Católica Toledana-, el primer volumen de una serie dedicada a las grandes figuras de la historia que con Toledo se han relacionado; *El Cardenal Lorenzana.- Protector de la Cultura en el siglo XVIII* se titula el que comentamos y que ha llegado hasta nuestras manos por especial deferencia del Dr. Sancho. Y mencionamos esta publicación no sólo por lo que tiene de aporte al conocimiento de la obra de Lorenzana entre un público, estudiantil en su mayoría, poco conocedor de las munificas tareas del prelado, sino porque, de alguna manera, refleja el propio carácter de don Clemente que si admiraba al Cardenal lo hacía, sobre todo, por esas condiciones de "patriotismo, pacifismo y caridad", -presidida por una humana comprensión-, que al decir del Doctor Marañón en su *Elogio y Nostalgia de Toledo*, adornaron a Lorenzana.

Pero no adelantemos acontecimientos. Dejemos, eso sí, la figura de don Clemente situada entre las neoclásicas paredes del edificio que se levantara bajo la dirección del arquitecto Ignacio Haam, y dedicado a la noble labor de la enseñanza. En el discurso de ingreso que pronunciara en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, del que hablaremos después, dejó bien sentada esta idea que mantuvo siempre, -y tradujo en obras y repartió en efectos-, "Enseñar es entregar lo más sagrado e inmutable de nuestra personalidad..." Con esta premisa el Instituto y el Colegio Sadel supieron de la benevolente disposición de un profesor que, sin claudicar de cuanto pudiera suponer rectitud en el obrar, era, al mismo tiempo, maestro compren-

sivo y auxilio, en no pocas ocasiones, de discípulos vacilantes... Dice de él uno de estos alumnos y aludiendo a los siempre temidos exámenes orales de ingreso de Bachillerato: "Allí estaba don Clemente Palencia con su sonrisa y su amabilidad haciéndome fácil las temidas preguntas sobre algún rey godo, la capital de una nación, o cómo se las arreglaban las solícitas abejas en sus colmenas".

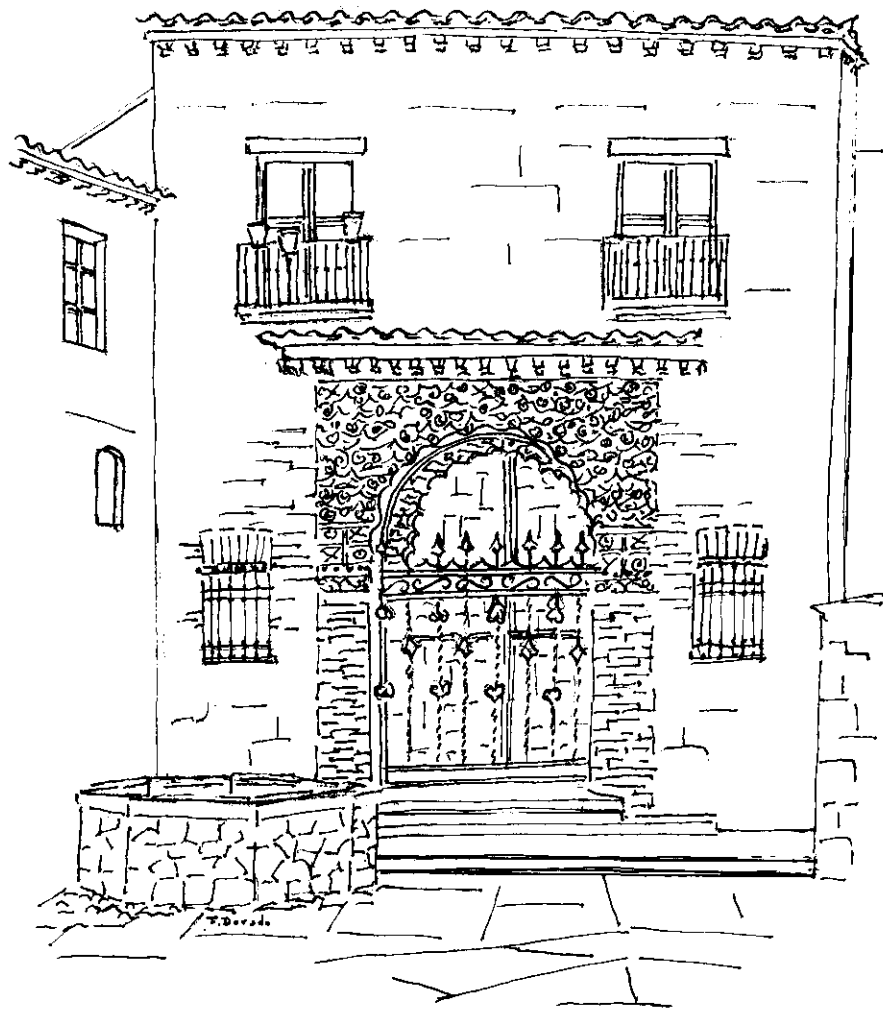
EL ACADÉMICO

No pasó mucho tiempo sin que la ciudad, -y en ella el estamento de mayor prestigio-, se diese cuenta del lujo que suponía contar con un joven profesor, -treinta y pocos más años-. que, además de una dedicación constante a su cátedra, se ocupase de la investigación y difusión de la historia de Toledo. Así, un seis de diciembre de 1942 fue designado miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Ocupaba a la sazón la secretaría de la Institución el Sr. Vera Sales al que se dirige don Clemente en carta fechada en cuatro de enero de 1943, agradeciéndole vivamente "la honrosa designación", pero alegando humildemente una escasez de méritos y razones para merecerla. En esta carta dejó don Clemente escritos unos renglones que vienen a ser como la declaración de principios y punto de partida de una trayectoria que ya no ha de interrumpir ni variar mientras viva, "pero mi acendrado amor por Toledo, -dice el académico electo- sabrá suplir en parte la notoria deficiencia de ellos".

Ese amor acendrado, firme, por encima de toda sospecha, sin ninguna intención bastarda de medro o de notoriedad, hace que, desde aquel año de 1943 don Clemente fuese, sobre otras muchas cosas, fiel enamorado de una ciudad a la que había convertido en su auténtica Dulcinea.

En Marzo de ese mismo año de la designación pronunció su discurso de ingreso; el tema, -o el personaje-, elegido fue el poeta Gómez Manrique, Corregidor de Toledo. El discurso supone, al decir de Dr. Sancho, "un texto sumamente interesante, no solo desde el punto de vista de la aportación histórica, sino para el entendimiento de su talante psicológico y espiritual".

Abundando en la idea de como debe ser reconocido y considerado el trabajo del docente, extrae de la Historia dos ejemplos contrapuestos: el de la gratitud de Alejandro Magno hacia su maestro



Entrada a la Real Academia de Bellas Artes.

Aristóteles, mandando apagar el fuego votivo de los templos, irritado con los dioses que habían permitido la muerte del filósofo y el de la ingratitud personificada en Nerón al decretar la muerte de su maestro Séneca. En la primera parte de este discurso, y por el valor que encierra como autodefinition personal vale la pena recoger estas frases:

“... Por cortesía he de hablaros ahora de mí. Siempre he considerado como extraños a mi espíritu los honores y aplausos que aterrorizaban ya al alma estoica y serena de Séneca. Es mi carácter opuesto, no solo a la exhibición, sino a las tertulias y al trato de las gentes. Siento profunda envidia por aquel personaje de Gabriel Miró que buscaba la felicidad de la insignificancia y de todas las sentencias del Kempis me parece sublime aquel AMA NESCI RI, -“procura ser ignorado”- que, además de un ideal ascético, encarna una sapientísima norma de vida práctica”.

Contestó al discurso el numerario don Emilio García Rodríguez. El doctor Sancho de San Román, al que tendremos que referirnos una y otra vez, tuvo el acierto de recoger y transmitir al auditorio expectante los párrafos citados en la conferencia que pronunció en Toledo en el acto-homenaje a la memoria de don Clemente Palencia.

Desde el 28 de marzo del ingreso académico la sede de la Institución va a convertirse en la “segunda casa” de don Clemente, o, acaso, en la primera ya que la intensa colaboración en los trabajos que en ella se llevan a cabo le hacen ser un asiduo del noble solar de la calle de Esteban Illán.

A partir de la fecha consignada hasta casi la de su muerte, ya no va a haber acto, sesión, celebración, en la que don Clemente no intervenga o, al menos, conceda al innegable valor de su presencia. En diversas ocasiones es el encargado de iniciar el curso pronunciando el discurso de apertura.

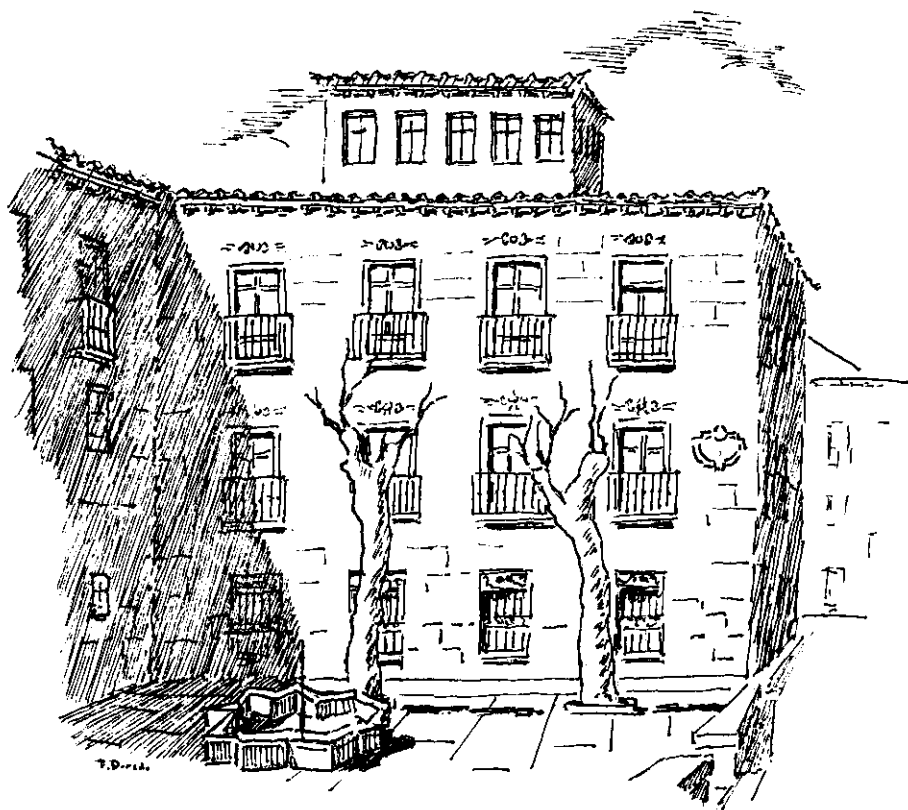
En 1946 elegirá para la lección magistral el personaje del Cardenal-Infante don Fernando de Austria, en 1951 será Isabel de Castilla la que centre el parlamento de apertura, (“La Reina Católica en la literatura dramática del Siglo de Oro”) y en 1954, y con motivo del Año Mariano, su conferencia estará dedicada a María, (“La Virgen en Toledo”), en 1967 habla de “Una década gloriosa en la historia de Toledo: 1577-1587”. La flor y nata del siglo XVI. -Felipe II, El Greco, santa Teresa y san Juan de la Cruz, Juan Bautista Monegro, Pompeyo Leoni, Juanelo Turriano...- aparece como en una maravillosa película donde, al mismo tiempo que se muestran la grandeza de estas señeras personalidades se saca partido, hábilmente conducidos por el conferenciante, de las

coincidencias entre hechos y actores, lugares y acaeceres. En 1973 serán "Nuevos documentos sobre don Alvaro de Luna" los que, expuestos con la naturalidad que era proverbial en don Clemente, predispongan a los oyentes a la rehabilitación del controvertido Condestable ajusticiado en Valladolid y a la espera, junto a su esposa, de la Resurrección en la capilla de Santiago de la Catedral de Toledo.

A estos discursos inaugurales habrá que añadir los pronunciados para contestar a los recipiendarios de la Academia. Así a don Juan Francisco Rivera Recio que le sirvió de ocasión para citar y enaltecer a otros académicos eclesiásticos. En 1949 contesta a don Fernando Allué y Morer, en 1951 a don José Gómez Pastor, en 1959 a don Fernando Jiménez de Gregorio, especialmente emotivo por cuanto supone la revalorización de aquellos que, como a él mismo le sucedía, proviniendo del medio rural, acaban ocupando puestos selectivos, responsables y relevantes en el campo de la cultura. En 1968 contestó a don Guillermo Santacruz Sánchez de Rojas y presentó a don Cecilio Guerrero Malagón y a don Manuel Romero Carrión. En 1969 interviene en contestación a don José-Carlos Gómez-Menor y Fuentes. En este serían los amadísimos personajes de sus íntimas preferencias, santa Teresa y san Juan de la Cruz, los que sirviesen de eje a uno de los más bellos parlamentos pronunciados por don Clemente. En 1976 responde a doña Esperanza Pedraza Ruiz con el tema "Corregidores toledanos" entre los cuales no podía faltar, naturalmente, el Corregidor-poeta Gómez Manrique. Su último discurso de contestación fue el pronunciado al de ingreso en la Academia del periodista y cronista de la ciudad don Luis Moreno Nieto.

Pero, claro, no queda solo en lo anteriormente citado, con ser mucho, la actividad académica de Palencia Flores. Actuando de "introducción de embajadores" como a él mismo le gustaba intitularse haciendo uso de su gran sentido del humor, presentó a no pocas de las celebridades que, por uno u otro motivo, se relacionaron con la Academia, entre tantas, Manuel Cencillo de Pineda, conde de Pernia; Mariano Moragón, Sánchez Castañar, el cardenal primado y arzobispo de Toledo González Martín, etc., etc.

No quiso nuestro académico que su voz, -su sentimiento-, estuviese ausente en la hora triste de las sesiones necrológicas: el once de diciembre de 1943 en la del erudito toledano don Francisco de Borja San Román, el doce de diciembre de 1954 en la de don Manuel Escrivá de Romani, conde de Casal y en 1968 en la que se dedicó a la memoria del artista Julio Pascual. Otro tipo de homenajes, -los dedicados al escultor Victorio Macho y al Greco, por ejemplo-, contaron igualmente con su valiosa participación.



Santo Domingo el Real.

El celebrado para resaltar la presencia de El Greco en el Imperial Monasterio Cisterciense de Santo Domingo el Antiguo, -"Alfa y omega, alborada y ocaso de la vida toledana del Greco, verdadera 'casa del Greco' "-, en palabras del a la sazón Director de la Academia, don Rafael Sancho-, dando relieve al acto de descubrimiento de una lápida-recordatorio en los muros del noble y monástico recinto. Allí don Clemente, compartiendo versos con Fina de Calderón, Antonio Celada, Gonzalo Payo, Guillermo Santacruz, Félix del Valle y el autor de estas páginas, dejó escapar sus emociones en dos sonetos perfectos y conmovedores: "La vista de Toledo, pintada por El Greco", -"Alta ciudad de rocas milenarias/ que juntaron la tierra con el cielo"- y "Ante el entierro del Conde de Orgaz", -"Lleguemos al dolor y a las tristezas/ de esos ojos en llamas apretados..."-.

Aún habría que mencionar, y dentro de este apartado de las conmemoraciones, la extensa crónica sobre la exposición "Carlos V y su ambiente" que en 1958 tuvo lugar en el Hospital de Santa Cruz. No faltaba tampoco a las reuniones que se celebraban en la provincia para agasajar a algún académico, -numerario o correspondiente-. Le recordamos en la que en la Puebla de Montalbán se me tributó con motivo de la concesión de la Cruz al Mérito Militar de Primera Clase con distintivo blanco y en el transcurso de la cual don Clemente, haciendo gala de su buen humor y simpatía, dijo, ante el cúmulo de oradores intervinientes aquello de: "Este homenaje que va a durar tres días, pues empezamos ayer, continuamos hoy y vamos a terminar mañana...", o en el homenaje a Jiménez de Gregorio en su villa natal, o en el hermanamiento de la toledana Escalona con la vallisoletana Peñafiel y la alicantina Villena, donde hubo versos en el salón principal del castillo-alcázar, cuna del Infante don Juan Manuel, o en la primera ocasión en que la Academia salió de su sede para celebrar sesión pública y extraordinaria en el salón principal del Ayuntamiento de Puebla de Montalbán celebrada el siete de junio de 1981, jornada en la que, además, ofició de guía y experto cicerone ya que don Clemente "se sabía" la Puebla calle a calle, templo a templo, historia tras historia y de la que era asiduo visitante y permanente admirador.

En calidad de académico, -ya como Censor, ya como Secretario-, llevó a cabo un trabajo que bien podemos calificar de enorme. Durante los cuarenta y seis años que perteneció a la Corporación asistió a 437 juntas ordinarias. Académico-Censor desde 1951 hasta el 1956 en que, -9 de diciembre-, es nombrado Secretario Perpetuo desempeñando "esta cruz de la secretaría", según sus propias palabras, hasta que en

1978, cuando la salud y la fortaleza precisas para llevar el cargo empiezan a fallarle, cesa por voluntad propia. Ello no supone ni por un momento la menor desvinculación con la Real Academia. Fueron frecuentes sus viajes, no siempre cómodos, desde Lucillos a Toledo con el único objeto de no faltar a una sesión, a una conmemoración, a una actividad que tuviese como centro el famoso y notable “Salón de Mesa” de la toledana calle de Esteban Illán.

Pero además de todo lo reseñado, -con ser mucho-, se nos quedará silenciado a cuantos nos ocupemos de reconstruir su obra, el trabajo callado, el que se ve ni trasciende, el que, sin embargo, llenó muchas horas fecundas de su cotidiano vivir. En calidad de académico formó parte de numerosos jurados, ya en certámenes poéticos, ya en concursos histórico-periodísticos. Por la misma razón acudió generosamente a donde se requería la presencia de un miembro de la Institución porque quienes solicitaban tal comparecencia sabían que en don Clemente se unían los méritos y valores propiamente personales con los de la Institución a la que representaba. De este modo fue pregonero de fiestas y mantenedor de juegos florales; desde Escalona a Consuegra, o desde Puebla de Montalbán y Torrijos hasta Villacañas y Quintanar, que es tanto como decir de Montes de Toledo a Mancha y de Jara a Sagra pasando por la Sisla, no quedarán muchos pueblos en los que don Clemente no haya dejado oír su voz y regalado sus sabidurías. Importaba poco que el lugar fuese distante, que la categoría de la población fuese mayor o menor, de cualquier modo allí estaba él dispuesto a contar la historia de cada villa, los avatares de cualquier hombre célebre, entroncando las locales efemérides con la grande y general historia, desmenuzando motivos, analizando causas, presentando personajes, asociando hechos, desentrañando genealogías. Para él no tenía secretos las páginas de la Historia. Con una facilidad asombrosa ponía ante el auditorio como quien despliega un bien tejido tapiz, ambientes y entornos, costumbres y características, monumentos y paisajes para luego irle poblando con las imágenes de los reyes, de los infantes, de los grandes señores, de los pícaros y de los cortesanos, de los artistas y los escritores de cada una de las etapas históricas correspondientes.

Difícil, muy difícil, seguir un orden cronológico para el mejor estudio de este tipo de actividades cuando tantas y tantas veces intervino en ellas sin llevar unos folios preparados previamente, o, al menos un guión, o, en su defecto un esquema... don Clemente, lo ha dicho Jiménez de Gregorio, era, ante todo, “la palabra”. Y cada vez,



Ayuntamiento de Toledo.

según iba pasando el tiempo, más y más confiaba a la voz, que no a la escritura, el encanto, el atractivo, la sabiduría de sus disertaciones. Era, no cabe duda, la voz de la Academia.

Cuando en 1943 la Academia confería a don Clemente el honroso título, él, en calidad de electo y en un discurso de posesión magistral y humilde al mismo tiempo, considerándose con menguadas fuerzas y escasos valores, no podía figurarse que cuarenta y seis años después, bien es verdad que con palabras doloridas de amigo, pero también con una enorme justicia, el Doctor Sancho de San Román pudiera decir: "Cuando en la tarde del pasado veinticinco de Abril, bajo el aguacero, se daba tierra en el Camposanto de Lucillos a los restos mortales de don Clemente Palencia Flores, teníamos la honda sensación de que con ellos se estaba enterrando una buena parte de la historia de esta Academia".

EL HISTORIADOR, EL INVESTIGADOR, EL CRONISTA

Difícil establecer hasta dónde lo uno, hasta dónde lo otro, porque la Historia, con mayúscula, acabó siéndole familiar precisamente por cuanto en ella ahondó e investigó y la función de cronista le vino dada como resultante de las dos anteriores.

Tenia don Clemente un intelecto ávido, siempre curioso, nada dado a conformarse con lo ya preestablecido; esto vino a abrirle las puertas de los archivos y a iniciar el camino, inacabado por inacabable, de la búsqueda. Razones había en su vida, -las derivadas de la docencia entre las más definitorias-, para que don Clemente llegase a ser lo que fue. Una sensibilidad exquisita y la cultura almacenada año tras año supusieron, con el añadido de su condición de vecino de Toledo, -la ciudad histórica por excelencia-, otros tantos firmes apoyos para caminar sin vacilaciones ni fatiga por las sendas, a veces tortuosas, de la historiografía.

Archivero Municipal de Toledo desde 1940 al obtener por oposición la plaza que quedaba vacante tras la muerte de don Francisco de Borja San Román, desarrolló una labor fecunda que había de durar muchos años. Con grandes conocimientos paleográficos, con una formación humanística de profundas raíces, con unas inegables dotes oratorias, fue investigando y desmenuzando día a día la pretérita vida de Toledo. Esperanza Pedraza, continuadora en el Archivo Municipal de

tan admirables quehaceres, dice de él: "Investigador, profesor, académico, historiador; no hubo acto cultural donde no interviniese, ni personaje a quien no acompañase como experto cicerone, ni festejo que no cantase, ni conmemoración que no glosara desde su condición de Cronista Oficial de la Ciudad. Era lo que hoy llamaríamos una Institución Toledana".

Claro que don Clemente tuvo sus preferencias en tan amplio campo y sus héroes y heroínas se constituyeron en permanentes acompañantes en esas rutas que el historiador emprendía, aún sin proponérselo, cada vez que escribía o disertaba. Con el rey Sabio le unía el hecho, -que a don Clemente le gustaba repetir-, de haber nacido, como él, el día de san Clemente. San Juan de la Cruz era el faro de su poesía. Los Manrique, tío y sobrino, fueron objeto de su predilección por la vinculación con el Ayuntamiento de Toledo en lo que al primero se refiere, por el senequismo de sus *Coplas*, tan coincidente con su modo senequista de entender la vida, en lo que con Jorge se relaciona. No hay que olvidar, al hacer este sucinto recuento de sus preferencias, al Infante Don Juan Manuel y al Cardenal Lorenzana. Su condición caballeresca le llevó a admirar la desgraciada figura de doña Leonor de Guzmán y su ánimo abierto, liberal y comprensivo a solidarizarse con Garcilaso tan tocado en el corazón por su dama Isabel de Freire: "Eras la fruta del cercado ajeno; / tu pelo como el trigo en la tarde / aventas el mes de junio..."

Pero al frente de toda esta pléyade de figuras insignes don Clemente pondría siempre a santa Teresa de Jesús. De ella habla y de ella comenta cuando la ocasión se presta y cuando las circunstancias no son excesivamente propicias tiene la habilidad suficiente para traer su memoria a colación. Teresa de Jesús es para don Clemente, desde aquel 1577 en que comienza en el convento de San José el libro de "Las Moradas", no sólo la Mística Doctora, o la reformadora incansable, o la andariega sublime, sino, además, la mejor vecina con que ha contado Toledo. Entre las cosas que a don Clemente le gustaba repetir figuraban aquellas palabras que Gabriela Mistral pronunciara cuando en abril de 1936 vino a Toledo para depositar una corona de flores ante la tumba de Garcilaso: "Se ha llegado, -decía Gabriela-, al reino de las metáforas de Santa Teresa; Toledo es el castillo de diamantes que ella soñó".

Ya hemos dejado constancia de cómo echamos de menos mucho de lo que don Clemente glosó y comentó a lo largo de su vida. En el aspecto de sus tareas como historiador nos sucede casi lo mismo. Habría que recuperar, si es que se conservan, el texto de los pregones

pronunciados en tantos lugares de la provincia porque en ellos siempre había comentarios históricos de alto valor. Más de una primicia resultante de un profundo trabajo de investigación fue expuesta alegre y generosamente a un auditorio popular y festivo...

Afortunadamente, cuando las páginas del diario "YA" se abrieron amplia y acertadamente a la información provincial, don Clemente desarrolló una grata labor de divulgación histórica ya que en sus "Efemérides", durante varios años, día a día, excepto alguna breve temporada que se concedía a sí mismo como vacacional, iba desentrañando multitud de datos que complementaban el conocimiento que el lector ya pudiera tener sobre la historia de Toledo o de los pueblos de la provincia coincidentes con la fecha respectiva. Nos consta que esta serie, -hoy continuada gracias al buen hacer del académico Angel Ballesteros-, gozó desde el primer momento del aplauso del público. Recogemos a continuación unas líneas del "Toledo ayer" correspondientes al 31 de julio de 1564 y publicadas en "YA" el 31 de julio de 1990. Se hace alusión al ofrecimiento que la reina de Francia hace a la Catedral de las reliquias de san Eugenio "primer Arzobispo de esta Santa Yglesia". Ballesteros quiere que los lectores con él reconozcan el magisterio de don Clemente, su admirado antecesor, y por eso escribe: "Don Clemente Palencia añade a esto que "aunque las negociaciones empiezan en esta fecha no llegaron los restos del santo arzobispo de Toledo hasta el 18 de noviembre de 1565. El rey, (Felipe II), profesó singular devoción al Santo hasta tal extremo que dio a su hija el nombre de Eugenia, después del de su madre Isabel y del de Clara, por haber nacido en ese día la Infanta". "Sea esta noticia, -dice Ballesteros-, un homenaje al gran maestro don Clemente". El éxito estribaba sin duda a que en la breve nota no faltaba un acertado comentario, una frase chispeante a la par que erudita y, como envolviéndolo todo, un cierto halo de poesía. Se publicó la última entrega de la comentada sección el mismo día en el que la tierra recibía su cuerpo en el cementerio de Lucillos.

Entre sus publicaciones históricas figuran: *El poeta Gómez Manrique. Corregidor de Toledo*. (1943). En *Cronista de Toledo*, 1945 nos ofrece un resumen de los acontecimientos más importantes ocurridos durante todo ese año. *El Cardenal Lorenzana, protector de la cultura en el siglo XVIII* (1946). *El poeta toledano Rojas Zorrilla* (1948). -aportación a la conmemoración del tercer centenario de la muerte del poeta-. *Museo de la Santa Hermandad* (1958). *Relación de los más importantes documentos del Archivo Municipal de Talavera de la Reina*

(1959), -archivo del que don Clemente fue titular-. *Ceca y Banca de Toledo*, (1966) con prólogo de Ramón Carande. Con don Carlos Romero de Lecea, su gran amigo, trabaja en la publicación de "Joyas bibliográficas" de la obra *Reales Privilegios de Toledo*, etc., etc.

Prologuista en múltiples ocasiones, "Los gremios toledanos en el siglo XVII" por don Francisco de Borja San Román, o "Toledo romántico", o "Guía, callejero, planos con algunos capítulos de la historia de talavera de la Reina" recogidos de la obra de don Ildefonso Fernández y Sánchez, por citar algunos aunque será no obstante en los periódicos ya de ámbito provincial, ya nacional, o en revistas y boletines especializados donde el curioso, -el estudioso, mejor-, podrá encontrar verdaderos ensayos que, disimulados bajo la forma de artículo periodístico darán razón y divulgarán pasajes y momentos, claves y personajes de la historia de Toledo; de la historia o de la fantasía porque como don Clemente aseguraba "Toledo está entre el milagro y la leyenda".

Quizá sea en *Ayer y Hoy*, la revista de la que fue director, donde mejor podamos seguir la variá trayectoria de don Clemente; en sus páginas hace crítica literaria, reseña comunicaciones, da noticia de actos y conferencias, rememora fechas singulares, así el cuarto centenario de la llegada de El Greco a Toledo en 1577 que es el mismo año en el cual santa Teresa empezaba, también en Toledo, "Las Moradas"... Desempolva recuerdos y los conecta con las actuales circunstancias como cuando se ocupa de la Universidad de Toledo, desde sus precedentes, -Colegio de Estudios que fundaran en sus casas principales el alcalde mayor don Diego Gómez y su esposa doña Inés-, hasta su desaparición por decreto de 1845. Analiza las características de no pocos monumentos, la Posada de la Santa Hermandad entre otros, y, en fin, pone ante los ojos del lector la vida de los personajes más ilustres que de Toledo fueron o por Toledo pasaron.

No se olvidó don Clemente de glosar la vida de aquellas personalidades que fueron de la ciudad, fuese don Enrique Vera, inspirado pintor y presidente de *Estilo* o se tratase del Doctor Marañón con el que mantuvo frecuente correspondencia relacionada con asuntos de la historia toledana, bien facilitándole detalles de la escritura del cuadro de El Greco, "San Bernardino", que estaba en el Instituto de Enseñanza Media, o sobre el perdón que Carlos V concedió a los Comuneros y que se encuentra en el Archivo Municipal.

Ha sido un notable pintor del momento actual, don Fernando Dorado Martín, quien nos ha llevado, -proporcionándonos el material necesario-, por las páginas de *Ayer y Hoy*, revista que marcó un hito



Calle de Alfonso XII.

entre las publicaciones cultas que ha tenido Toledo. Dorado Martín es, además de pintor, conferenciante e investigador de número de la Cofradía Internacional a la que, -y con el número 18 de inscripción-, pertenecía don Clemente.

Muchas más cosas podrían añadirse en relación con las inquietudes y logros historiográficos de Palencia Flores, “simposios, conferencias, congresos, reuniones de estudio se vieron enriquecidos con las sabrosas aportaciones de este toledano ilustre”. Tuvimos ocasión de asistir con él al I Symposium de Historia de la Mancha, el tema de su ponencia, “Consideraciones históricas y literarias sobre la Mancha” (1984), con la para él tan amada figura de Alfonso X El Sabio, despertó el interés de los asistentes y mereció los largos y cálidos aplaudos de tan selecto y preparado auditorio.

Podríamos resumir la labor de don Clemente, ya como historiador, ya como cronista, diciendo que su afán fue siempre el de ofrecer, sencilla y generosamente, una nueva visión de Toledo teniendo como mirador, -como “Miradero”-, el momento histórico elegido. Una luz más en ese espectáculo del que don Clemente afirmaba que era “siempre sobrecogedor. Sea la visión de Garcilaso: “Y estaba puesta en la sublime cumbre”, o la de Cervantes, o “La roca precipitante que ha tantos siglos que se vieje abajo” de Góngora. Porque no podemos olvidar que el investigador, el historiador, el archivero y el cronista era, además, un poeta.

EL POETA

Que don Clemente era poeta, no cabe de ello duda, porque aunque no nos hubiese dejado una obra lírica considerable, -siempre la lamentada dispersión de sus escritos-, ni hubiésemos tenido ocasión de escuchar sus sonetos, en la prosa, en sus amenas y doctas disertaciones, hacía poesía de un modo natural y cosntante. Sabía poner una pincelada, un matiz lírico, en sus textos, preferentemente históricos, añadiéndoles un algo indefinible que los revitalizaba, lo mismo que, ya lo hemos comentado, iluminaba con un halo especial a los personajes retratados por su pluma...

Entendía don Clemente la Poesía como algo que partiendo de la etimología de la palabra, -creación o entusiasmo, según Platón-, suponía una forma nueva de expresar un arrebató del espíritu ante lo

que ocurre a nuestro lado, está delante de nuestros ojos o envuelve con una mágica apariencia lo que en sí no es sino algo, a veces, material, vulgar y cotidiano. Y él sabía vibrar, arrebatar, entusiasmarse y crear partiendo de esas pequeñas y vulgares cosas para remontarse hacia las altas cotas de la espiritualidad.

Pero, ¿cómo llevaba a cabo este traslado de lo material y diario a los estadios del alma, allí donde tiemblan las cuerdas del arpa oculta cuando recibe la brisa de la inspiración? Veamos lo que él mismo declaraba a este respecto: "La Poesía no puede ser nunca un vano juego de asonancias, sino una idea vigorosa que revele algo nuevo". Afirmaba don Clemente que, desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII, la poesía, con indudables fines didácticos y humanísticos y atendiendo a severos códigos poéticos, mermaba la capacidad creadora del poeta al mismo tiempo que destruía buena parte de sus vehemencias y entusiasmos. Don Clemente quiso por esto para sus versos llamaradas crepitantes reveladoras de íntimas y palpitantes convulsiones, antes que perfecciones formales excesivamente academicistas. "He buscado, -seguimos a nuestro poeta-, la sencillez, el verso sereno, con acento siempre, aunque prescindida de la rima en ocasiones y he intentado, en lo que afecta a la motivación de un poema, los temas conmovedores ensayando los efectos que pueda producir una idea hecha verso".

Amador Palacios que antologa la obra de los poetas toledanos actuales, -*Poetas toledanos vivos*, I.P.I.E.T., 1981-, recogió un soneto de don Clemente que, fiel a las consideraciones subrayadas anteriormente, no es sino una pura elucubración sobre la efímera belleza de una rosa. Por lo que supone como captación al lector y traslado de su estado de ánimo hacia la voz del barroco, vale la pena transcribirle:

"Pura, encendida rosa", enamorada
del silencio barroco, lentamente
llega hasta la hermosura de tu frente
el frío que sembró la madrugada.

Dobló la tarde tu cintura alada,
quedando tu belleza tan ausente
como espuma que lleva la corriente
a los ríos que van hacia la nada.

"Pura, encendida rosa", de aquel verso
que anudó al corazón sombras y ocasos.

caricias y agonías sobre el alma.

Tu desnuda belleza es el diverso
panorama de glorias y fracasos
que borró para siempre nuestra calma”.

Yo no sé hasta qué punto el poeta ofició más de juglar que de escritor en el sentido de “hacedor de libros” o “compilador de poemarios”. Si en muchos aspectos y manifestaciones de su vida intensamente entregada a la cultura fue, como hemos señalado, antes que nada la palabra, en el campo de la Poesía se nota aún más el imperativo de la voz sobre la estrofa publicada.

¿Restó esto alguna importancia a la actitud de don Clemente como poeta? En manera alguna. Yo, incluso me atrevería a asegurar lo contrario. Dejando a un lado, -y ya es dejar-, sus múltiples actividades en esta rama de la literatura, -Director de la revista *Ayer y Hoy*, Presidente de la Asociación “Estilo”, premio Corpus Christi de Toledo en 1955, Rosa del Azafrán de Consuegra en 1972, premio El Piélago en 1984, miembro destacado del Grupo “Alforjas para la Poesía”, etc., etc.-, además de todo esto, repetimos, no hay que olvidar su participación en las diferentes vanguardias líricas que van surgiendo en la ciudad. Lo mismo promovía un recital en la plaza de Santo Domingo homenajeando a Bécquer que actuaba en el escenario del teatro Rojas con las “Alforjas” de Conrado Blanco para conmemorar el primer centenario del hoy restaurado coliseo. Intervino con categoría y fuerza en las tendencias garcilasistas de José García Nieto, alentó a poetas jóvenes, prologó libros, fomentó ideas y planes incipientes y fue, durante muchos años, nexa inolvidable entre dos presencias arrebatadoras: la Poesía y su amado Toledo.

Habría que mencionar su protagonismo como colaborador de revistas poéticas, emisiones radiofónicas, -recordemos la mantenida por otro poeta toledano, Sandalio de Castro, a través de las antenas de Radio Toledo- y, en fin, dentro de los límites de la estrofa y el verso, la revista hablada “El patio toledano”.

Este don Clemente, al que según vamos escribiendo de él no nos hemos atrevido a desprender de su “don” por cuanto el tratamiento iba unido a su personalidad, “don” que jamás le negábamos los que le tratábamos con asiduidad, frecuencia y confianza. Pues bien, pese a todo esto, don Clemente se quedaba en Clemente solo, sin el inseparable “don” cotidiano, cuando actuaba como poeta. Hacía esta acertada

observación otro escritor toledano, el buen poeta Juan Antonio Villacañas y así, cuando don Clemente se trasmutaba en Clemente, el historiador meticoloso, el investigador tenaz, el agudo ensayista, se convertía en un bardo de feliz inspiración, en un juglar como aquellos que en tiempos remotos frecuentaron las salas de los castillos que él conocía perfectamente y amaba, o las plazas emportaladas de las villas en las que su palabra, -ora pregón, ora recital-, ponía acentos exactos y transmitía ideas nobles y oportunas. Así le escuché en los actos que, en torno a la figura del Infante Don Juan Manuel, tuvieron como escenario el castillo-alcázar de Escalona, o en la Plaza Mayor de Consuegra, o en el palacio de Fuensalida...

Producto de este modo alegre y desinteresado de entender el quehacer poético, sólo ha llegado hasta nosotros un libro de poemas *Diálogos junto al camino*, editado en 1960. Por fortuna mucha de su obra dispersa se encuentra recogida en publicaciones antológicas; por citar alguna, *Toledo en la Literatura* recopilación de textos seleccionados por el periodista y cronista de la ciudad Luis Moreno Nieto; la *Antología Poética* de la Primera Semana de la Poesía de Castilla-La Mancha, publicada en Guadalajara, (1982); las menciones, orientadoras para posteriores búsquedas, que de él hace María del Pilar Cecilia en *Autores toledanos del siglo XX*; la ya mencionada obra de Amador Palacios; los *Cien poetas de Castilla-La Mancha* de Alfredo Villaverde, (Guadajara, 1986) y, por último, los poemas que, motivo de homenajes y conmemoraciones, sesiones monográficas y otros actos, recoge la revista-boletín *Toletum* de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo en el innegable prestigio de sus páginas. Sin embargo es mucho lo perdido o, al menos, poco lo que ha estado a mi alcance a la hora de componer esta lírica semblanza de don Clemente. ¡Ojalá pudiera recuperar para un estudio más completo y extenso ciertas composiciones que escuché de sus labios en intervenciones en las que ambos fuimos partícipes! Y me refiero de nuevo a Escalona, y a la sesión poética del teatro Rojas, y a la memorable ocasión en que los poetas de "Alforjas para la Poesía" depositamos, en el convento de las carmelitas de Toledo, nuestros poemas ante la tumba de la Venerable María de Jesús, la famosa "Letradillo" de Santa Teresa, con el gozoso motivo de su beatificación, y el soneto inefable en el que don Clemente acercaba el mar hasta Toledo en los actos del "Día del Mar" que por deseo de la Armada Española tuvieron lugar en las riberas de un Tajo Peñascoso pero que acabará siendo en Lisboa oceánico y desmedido...

Pero, si este es el poeta, ¿cuáles fueron, -publicadas o inéditas,

conservadas o perdidas-, las constantes poéticas que, por lo general, alentaron sus composiciones? Digamos en principio que don Clemente era hombre de fe; ese sentido de lo religioso, esa su condición de creyente, aflora en no pocos de sus versos, algunos de una piedad verdaderamente conmovedora, por ejemplo, el soneto que dedica a la imagen nazarena de Cristo Redentor que se conserva en el monasterio de Santo Domingo el Real:

“Camino de la Cruz... ¡Quién te siguiera
besando el lirio que dejó tu herida!
¡Quién pudiera poner en tu caída
una rosa de amor que aliento fuera!”

Bien es verdad que esta espiritualidad trascendente escuenta en nuestro poeta sus mejores acentos cuando canta y glosa a los dos grandes místicos del Carmelo Descalzo, santa Teresa y san Juan de la Cruz. Asocia a ambos con su amado Toledo, -la otra cosntante de la que hablaremos después-, y logra en es asimbiosis de misticismo personal y misticismo urbano estrofas de una gran belleza. Así vio don Clemente la noche de la escapada del fraile-poeta hasta el primitivo convento carmelitano de la calle del Torno de las Carretas:

“Era una sombra de dolor el río;
sube de lo profundo hasta al altura
el eco triste de la noche oscura
que el silbo de los aires torna frío.

¿Oh cristalina fuente en el vacío
de riberas sin soto ni espesura.
Pasó por estas calles su figura
y al verle tú lloraste, Tajo mío!

Aunque es de noche el pecho lacerado
se quedó con los ciervos voladores,
con la fuente, la almena y el roquedo.

Y Fray Juan de la Cruz llega extasiado
por escalas de lirios y de flores
desde su noche oscura de Toledo”.

Claro está, ya lo apuntábamos antes, que Toledo ocupó, sin duda, el lugar preferente de su inspiración por eso cuando aúna o

relaciona el tema religioso con el ambiente toledano don Clemente logra los más acertados y sonoros endecasílabos. Para demostrar nuestro aserto incluimos el soneto que dedica a una fiesta tan fervorosa como es la del Corpus puesto que en ella veneramos nada menos que el Cuerpo de Cristo y tan toledana ya que podemos asegurar que de la Vega a los Cigarrales y de Alcántara a San Martín, toda la ciudad se hace Custodia para el Amor de los Amores.

Cantaba don Clemente en el soneto que mereció la Flor Natural en los Juegos Florales Eucarísticos de 1955:

“Hora exacta de Dios en la blancura
del nardo y de la rosa, en la mañana;
se adelgaza en sonidos la campana;
es el aire tapiz y colgadura.

El incienso se mece en la espesura
que perfila la calle toledana,
con gozo de clavel en la ventana
y con palio de toldos por la altura.

La Custodia se acerca sostenida
por nostalgias de nube o de palmera;
oro y luz en sus torres verticales.

Y se postra ante Dios, estremecida,
la piedad y la fe de España entera,
bajo el paso de glorias imperiales”.

Este amor, esta devoción por Toledo y lo toledano, aparece una y otra vez. -siempre que hay ocasión para ello-, dando salida, a través del verso, de sus convicciones y de sus afectos interiores. Y cantará a Garcilaso porque es máximo poeta y sonora voz en un momento renovador y crucial de la lírica española, pero, también, porque Garcilaso es historia, pulso y emoción de Toledo. Es Isabel de Freire la que acerca este poeta del siglo XX al gran vate del siglo XVI:

“Eras la fruta del cercado ajeno;
tu pelo como el trigo que en la tarde
aventa el mes de junio;
tu voz era la queja de un jilguero.
Y entre la fresca hierba eres la Elisa
que cantara el poeta de Toledo.

¡Ay, Isabel de Freire!
qué cerca la caricia y el suspiro,
y el amor en silencio,
como corren las aguas de este río
donde trenzó sus gracias tus cabellos.
Mujer de ojos azules,
salpicados de luz y de misterio,
de rubias trenzas que peinaba el aire
sobre el rico jubón de terciopelo.

A veces la caricia de la tarde
florece en canciones y sonetos
o en un laude de tristes melodías,
sinfonía de rosas y de almendros.

Junto a la emperatriz tú recordabas
saudades de remotos cancioneros
o la blanca cordera degollada
bajo el azul inmenso de los cielos.

¿Cómo no comprendiste el verso oculto,
y el amor en silencio
que para ti guardaba Garcilaso
como mensaje del Renacimiento?

Musa de Garcilaso que tenías
sonrisas de desdén dentro del pecho,
infidel tu gracia para sus amores
y seco el corazón para sus versos”.

Hablábamos un día, -Parador Nacional de Toledo-, sobre el poema precedente y los personajes que le dan vida y como don Clemente era, ya lo hemos comentado, hombre de buen humor que, además poseía la gracia de colocar la anécdota en su lugar y momento oportuno, me contaba cómo al encargarse la impresión de esos versos, pese a las precauciones que tomó el autor, que intuía lo que podía suceder, la Isabel Freire, amor de Garcilaso, se convirtió, por obra y gracia de la escasa preparación literaria de quien componía el poema, en Isabel Preysler... Cosa que, con el natural rechazo causó más regocijo que

enfado a don Clemente, que hizo gala, como en tantas ocasiones, de su buen talante y comprensiva condescendencia.

Pero volvamos al hilo de nuestro estudio; por la misma razón que el poeta dijo de Garcilaso, en la misma línea, dirá del Greco sabiendo que dice y exalta no sólo el espiritual contenido de sus cuadros, el atrevimiento de sus pinceles, la viva llama de sus cadmios, el rasgado y trágico esplendor de sus cielos, sino la espiritualidad, el tono, la luz y la sombra, la gloria y la tragedia de la ciudad Imperial por antonomasia.

“Alta ciudad de rocas milenarias
que juntaron la tierra con el cielo
y arrastraron con nubes en su vuelo
claveles y azucenas de plegarias.

A las sublimes cumbres planetarias
fuistes arrebatada desde el suelo,
letanias de flores y arroyuelos
suben a tus alturas solitarias.

Así El Greco trazó sobre este lienzo
la espaciosa bondad de tu paisaje
en torrente de luces desaladas.
Un Toledo sin fines ni comienzo,
-sueños de Apocalipsis y bosque-,
con las alas al Cielo desplegadas”.

Le oíamos con Fina de Calderón, toda delicadeza, inspiración sublime: “Huele a calles errantes, a campo verdiseco,/ a las nubes henchidas en su gris opresivo...” y con Celada Alonso musicando, más que versificando, el toledano Corpus: “Que el Señor de los Señores/ va a salir en procesión”. Y Gonzalo Payo: “En esta soledad tan placentera/ me siento sin embargo dolorido...” y Santacruz: “Poeta con pincel de la locura/ santificado en rostros exaltados...” y, en fin, con Félix del Valle pintando otra vez el “Expolio”, con endecasílabos enternecedores: “Preparad ya los dados para el juego;/ expoliadle la túnica escarlata...” Y don Clemente de nuevo, en esta ocasión “Ante el entierro del Conde de Orgaz”:

“Lleguemos al dolor y a las tristezas
de esos ojos en llamas. Apretados
los nobles caballeros toledanos
equilibran en formas sus cabezas.

Mortaja con atuendos de proezas,
Esteban y Agustín arrodillados,
con ropas de los días colorados,
le tienden en el aire. En las grandezas

de la eterna y abierta sepultura
que espera los abrazos todavía
de ese rostro sin lágrimas ni miedo.

Dormido entre dos santos. Su ternura
se ha hecho siglos de tiempo y agonía
que miden las grandezas de Toledo”.

Larga sería la relación de poemas en los que don Clemente, bajo uno y otro aspecto, con uno y otro motivo o, incluso, pretexto, ha cantado a Toledo. Basten como muestra significativa las anteriores y no silenciemos otra de las directrices poéticas de nuestro llorado autor. Me refiero a aquellas composiciones que por tener carácter intimista y personal dan fe de este hombre que, como Machado, pudo decir de sí mismo, aunque quizá en su extrema modestia no lo dijese jamás, que era un HOMBRE en el mejor sentido de la palabra BUENO. Meditemos sobre las estrofas que transcribimos a continuación porque en ellas el alma del autor transparenta sus luces asomando la bondad, la inocencia, del hombre bienintencionado, caritativo, sencillo...

“De nuevo junto a ti, árbol amigo,
cuando ya se han secado tus heridas;
tiene ya veinte años la metralla
que amenazó al nacer tu lozanía.

Has seguido ofreciendo tu ramaje,
sombra en el mediodía,
y tus hojas formaron nuevos nidos.

Tú, en la templanza de la tarde miras
la paz del cielo y la bondad del agua
y cuentas las galaxias infinitas.

Alguna vez el odio del labriego
desgarró aún más tu rama dolorida.

Pero tú, -ya en la cima y en la altura-,
en el silencio de tu paz olvidas”.

El anterior poema, -"El árbol"-, recogido en la antología *Cien poetas en Castilla-La Mancha* (Alfredo Villaverde.- Colección "Avena loca".- Guadajara, 1986) como los dedicados al ciprés o a el agua dan fe de la sensibilidad de nuestro poeta:

EL AGUA

El agua estaba pura;
rebaños silenciosos en la tarde,
eran cual blancos lirios apretados
que bebían sus mansas claridades;
la soledad poblaba sus orillas
y cerraba la noche su paisaje,
cuando la blanca luna reposaba
en el limpio perfil de sus cristales.

Un ruido de motores
descendió a lo profundo de los valles.
Y el agua que era pura
se arrastra por un cauce de fangales.

Fuente de soledad aprisionada
en la paz de la tarde,
hay un turbio deseo de riquezas
que truncó tus sagradas claridades.
Ya no pacen rebaños a tu orilla
y eres puro dolor en el paisaje.

EL CIPRÉS

Un día, silencioso,
el aire tronchará todas las rosas;
quedarán las esquinas sin palabras
y mudo el corazón sobre las olas
de mares apagados, sin espumas,
sin rumores, sin aguas, sin auroras.

Otra vez una estrella muda y fría
nimbará de aureola luminosa

esa estatua que vive en la negrura
tan lejana y tan sola.

El ciprés sabe cimas de tristeza
porque talló el dolor su aguda forma.

Es tan largo el pesar como su altura
y tan breve el gozar como la rosa.

Inmóvil soledad junto a la estatua
que vive de silencios y de sombras.

Cuando en este año por iniciativa de una Agrupación Cultural, la “Sociedad de Amigos de la Sierra de San Vicente”, de Castillo de Bayuela y a instancia de su presidente, el investigador Angel Deza Agüero, se ha instituido el Premio de Poesía CLEMENTE PALENCIA, - con mucho éxito, por cierto, en número y calidad de concurrentes-, nos ha parecido que don Clemente, desde el Más Allá, habrá tenido una póstuma pero gran alegría. Que su nombre se perpetúe en Colegios e Institutos como sucede en Talavera de la Reina nos parece muy bien, pero que nomine un certamen poético nos parece aún mejor, ya que creemos que no cabe homenaje más cabal para un poeta que el de que otros poetas escriban bajo su nombre y la Poesía ratifique su lírica categoría.

Queda pues esbozada, -que no exhaustivamente tratada-, la condición de poeta de don Clemente Palencia Flores, de poeta y, más concretamente, de POETA TOLEDANO porque don Clemente, además de tantas cosas como vamos viendo que fue, era, -es-, un TOLEDANO DE PRO.

“AL FONDO, LA CIUDAD RESPLANDECIENTE”

“Y, de repente, empieza a hablar el río...”

Porque el Tajo habla, alza su voz cuando quiere ser escuchado por aquellos que tanto y tanto hablaron a su vez de las aguas encerradas entre las peñas, de los cigarrales que descenden, -olivos, almendros, tomillo y romero-, hasta las garcilasianas orillas. El Tajo dialoga con

quienes han sido sus más fieles amigos. De este modo lo hizo con Marañón cuando bajaba a Toledo, cruzando el puente de San Martín, desde su cigarral de "los Dolores" y de manera parecida, estamos seguros, hablaría con don Clemente. El Tajo, que por otra parte, es el portavoz de Toledo sería el encargado de ratificar con su murmullo la identificación del poeta, el académico o el cronista con la ciudad. Toledo le pertenecía como él se había hecho parte integrante de Toledo.

Era frecuente verle ir y venir, -y eso que, sobre todo últimamente, su andar era difícil-, del Archivo Municipal al Instituto, de la Academia al Gobierno Civil. Iba siempre como un tanto ensimismado, perdida la mirada en una, para los demás invisible, imagen retrospectiva. Porque don Clemente era consciente como pocos de que paseaba las calles que pasearon todos esos señores admirados, amorosamente estudiados por él y que en otro tiempo dieron vida a Toledo. Yo creo que por eso los conocía perfectamente y "se sabía" su modo de entender la vida y pasar por esta vieja urbe que, entre otras cosas, exige ser bien entendida. Y don Clemente entendió a Toledo, comprendía lo que a la ciudad le gustaba y lo que rechazaba. Nada le dolía más que ver unas antiguas piedras a punto de desmoronamiento, o ver surgir un "adefesio" urbano, producto de una arquitectura pretenciosa, apoderándose de un rincón evocador que debiera haber sido intangible...

Pero no se crea que todas las andanzas de don Clemente estaban motivadas por fines culturales. No, don Clemente, también, se había convertido, dada su afabilidad y bondadoso modo de ser, en valedor de cuantos llegaban hasta él solicitando su ayuda; eran, por lo general, gentes sencillas de los pueblos de la provincia, del suyo propio, naturalmente, o de otros en los que pasó unas horas, asistió a unos actos, pronunció un pregón y que echaban mano de esa, en algunos casos, momentánea amistad para encargos peregrinos y recomendaciones no siempre fáciles...

Esperanza Pedraza, que le conocía admirablemente, entre otras razones por haber sido compañera en sus tareas de Archivo, -búsqueda y ordenamiento, descubrimiento gozoso de fechas y datos, justificación documental a lo que era poco más que suposición-, cuenta y no acaba del modo de ser de nuestro ilustre toledano: "Porque -dice la señorita Pedraza-, don Clemente Palencia era, sobre todo, el hombre bueno.

El alumno le suplicaba y siempre cedía.

Al pobre le prestaba su ayuda y su dinero. A él acudía el necesitado de influencia, a quien solícito siempre atendía.

A cambio de pequeñas prestaciones tendría que contraer com-

promisos con autoridades y amigos, en proporción desmedida.

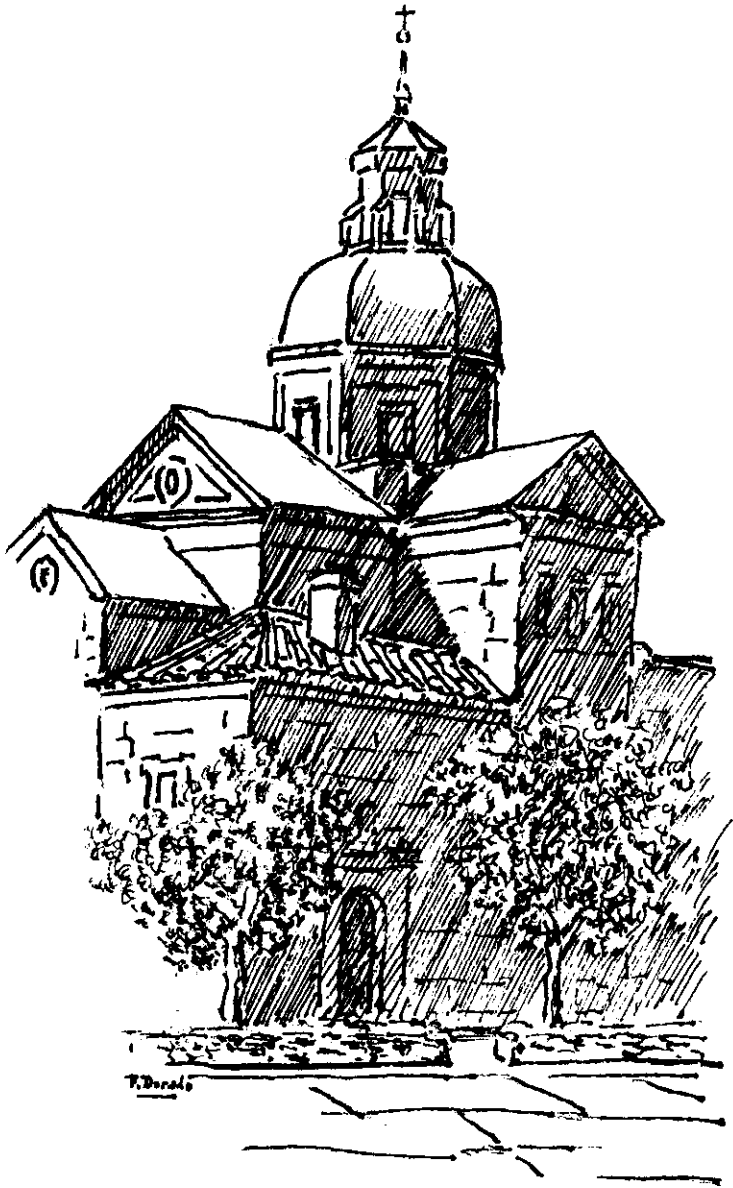
Paisanos y conocidos surgían por doquier para que les perdonaran la infracción cometida como cazadores furtivos, la multa impagada, el hijo que estaba en la cárcel, la recomendación en exámenes, el puesto de trabajo y hasta la receta del médico o la partida de nacimiento que, pacientemente, recogía en el Juzgado.

Nunca se negaba a la petición de los demás y si intentaba hacerlo, seguíamos confiando en él, seguros del éxito...” Claro que, añade, “a veces amigos y deudores le jugaban malas pasadas que él sufría calladamente”.

Pero además de todo esto, aparte de un valor humano considerable para matizar este retrato de Palencia Flores, fueron muchos los altos servicios que prestó a Toledo. Cuando ante una visita inesperada, -alto dignatario, escritor ilustre, príncipe de sangre real, etc., etc.-, la ciudad, y en su nombre quienes la regían, querían quedar bien, solicitaban la ayuda de don Clemente, sabiendo que el visitante, -extranjero o compatriota-, por muy preparado que estuviese y por muchos que fueran sus deseos de ver, descubrir, saborear en monumentos y paisajes, callejuelas y archivos, no se había de ir descontento; era el *cicerone* ideal, a su cultura se unía su natural simpatía y, por si todo ello fuera poco, le añadía su condescendiente paciencia.

Este callejear, -este vivir-, de don Clemente en Toledo día a día le fue haciendo consustancial con la ciudad de tal modo que ir a Toledo y no ver a don Clemente era algo que, sobre inusual, nos amargaba el viaje. El encuentro con él en la calle del Comercio, en Zocodover, bajo el Arco de Palacio, nos proporcionaba, además del gozoso saludo, la nota interesante, la primicia que pensaba publicar en su “Toledo, ayer”. Y nos consta que cuando esa información reservada a las páginas de YA tenía que ver con Mora y su historia, don Clemente que nos conocía bien, -tanto a mi hermano Alejandro como a mí-, se alegraba sabedor de cómo a los dos nos placía se airease cuanto con nuestro pueblo se relacionaba.

Mientras vivió en Toledo de un modo permanente, calle de Alfonso XII, número nueve, una casa no muy ordenada por cierto -cúmulo de publicaciones, almacén de libros, depósito de recuerdos-, comía casi a diario en la cafetería instalada en los bajos del palacio de Fuensalida, lo que fueran caballerizas de la aristocrática mansión. Era frugal en el comer y, cuando lo hacía solo, concedía un poco más de atención a los manjares pero si algún amigo, -como nos sucedió en más de una ocasión-, compartía su mesa entonces era la charla, el intercam-



Ermita Virgen del Prado. Talavera de la Reina.

bio de noticias, la confrontación de pareceres, lo que ocupaba la primera categoría sobre los manteles sin preocuparse demasiado por el plato más o menos sabroso... En una de estas agradables sobremesas hablaba con Carmen, mi mujer, de cómo se desenvolvía su cotidiano vivir. Ya sabemos que a las señoras les preocupa mucho todo lo referente a la buena marcha de un hogar. Prueba de la sencillez de don Clemente era, precisamente, su manera sencilla de vivir: "Para cenar, le decía a Carmen, lo tengo resuelto, preparo un sobre de "sopa para uno"; no hay el menor problema..."

Era "poco amigo de viajes ni de festejos, de una austeridad casi espartana; alternaba su vida entre Toledo, sus alumnos, sus clases, su pueblo y Cardiel". Tenía don Clemente una finca cercana al río, allí, en una pequeña casa, se refugiaba en las horas del descanso y la ensoñación. Muy aficionado a las flores, en Lucillos tenía un huerto con crisantemos, dalias, alhelies y siemprevivas. Volver a Lucillos era para don Clemente el retorno a muchas cosas de las que, por otra parte, nunca se desvinculó, acaso pensase con el poeta: "Vuelvo al camino y vuelvo, Dios lo sabe, / a engañarme a mí mismo, porque pienso / que hoy es ayer que la senda lleva / el mismo rumbo de lejanos días..."

En Lucillos el huerto florecido, la solariega casa en una de cuyas estancias había un piano donde teclaba con buena voluntad más que con virtuosismo, pero que a él le agradaba tocar y, sobre todo, cuando los íntimos la escuchaban y las notas de "la Comparsita" saltaban al aire...

Salvo estos leves paréntesis y las frecuentes visitas a Talavera de la Reina, de cuyo Archivo fue titular, su vida fue por entero para Toledo. Bien hizo la ciudad cuando le nombró Hijo Adiotivo. Desde la Catedral al más recóndito de los monasterios, calle por calle y plaza por plaza, don Clemente había ido desmenuzando la Historia que quedaba semioculta tras los sillares, bajo el misterio de los cobertizos, las columnas claustrales, los cuadros y las imágenes de los portentosos retablos, las piedras armeras... Nada le había pasado desapercibido. Nada guardaba Toledo que no hubiese sido motivo de su atención y su estudio. Estamos seguros que desde Gómez Manrique a Garcilaso o desde Juan de la Cruz, recién escapado de la cárcel, al poeta Rojas Zorilla; desde Alfonso X el de las grandes sabidurías al ilustrado Lorenzana, todos cuantos integran la larga nómina de "héroes", de hombres fuera de serie, con que Toledo cuenta, echarán de menos desde la historia la glosa, el comentario, el análisis, en fin, que sobre sus respectivas personalidades habiese podido hacer este otro toledano también fuera de serie.

Cuando en la académica sesión necrológica interveníamos para poner de relieve el quehacer poético de don Clemente, dijimos algo que nos parece lo más indicado para poner punto final a esta incompleta semblanza. Decíamos entonces, escribimos ahora aludiendo al dolor de Toledo por la muerte del poeta que:

Doblar debían todas las campanas,
torre a torre, convento por convento,
y empapar de dolor y sentimiento
las callejas y plazas toledanas.

Cierren sus celosías las ventanas,
no se pierda ni el eco de su acento,
cada piedra se crezca en monumento,
lloren por él las tórtolas tempranas...

El surco de su afán se quedó abierto;
Toledo sabe que el poeta ha muerto.
¿Quién cantará los fastos toledanos?

Se nos fue un capitán de la Poesía.
Si esculpiese su estatua, le pondría,
-como al Doncel-, un libro entre las manos.

Un libro que contuviese toda la Historia de Toledo y la comprensión, -la liberalidad-, de que hizo gala la ciudad gracias a la que fue posible la convivencia de cultras y religiones distintas. Liberalidad, -comprensión-, que don Clemente, tan identificado con Toledo, hizo suya marcando la pauta de su manera de entender la vida. Una vida que, más o menos larga, fue, como el lector habrá podido comprobar, fecunda, entregada al mayor brillo de la ya de por sí "CIUDAD RESPLANDECIENTE".

COLOFON

Se acabó de escribir este libro el día 23 de agosto de 1990, festividad de Santa Rosa de Lima. De haber vivido don Clemente Palencia hubiese glosado en su "Toledo, ayer" esta histórica referencia: "23 de agosto de 1599. Muere el cuarto Conde de Fuensalida y Señor de Guadamur, Don Pedro López de Ayala, que peleó en San Quintín, fue Comendador de Castilla, Mayordomo del rey Don Felipe II y Alguacil Mayor de Toledo".

APÉNDICE

Insertamos a continuación por gentileza del historiador, miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores, don Angel Deza Agüero, la sipnosis genealógica de D. Clemente Palencia Flores, por creerlo de interés para quienes hayan seguido esta biografía.

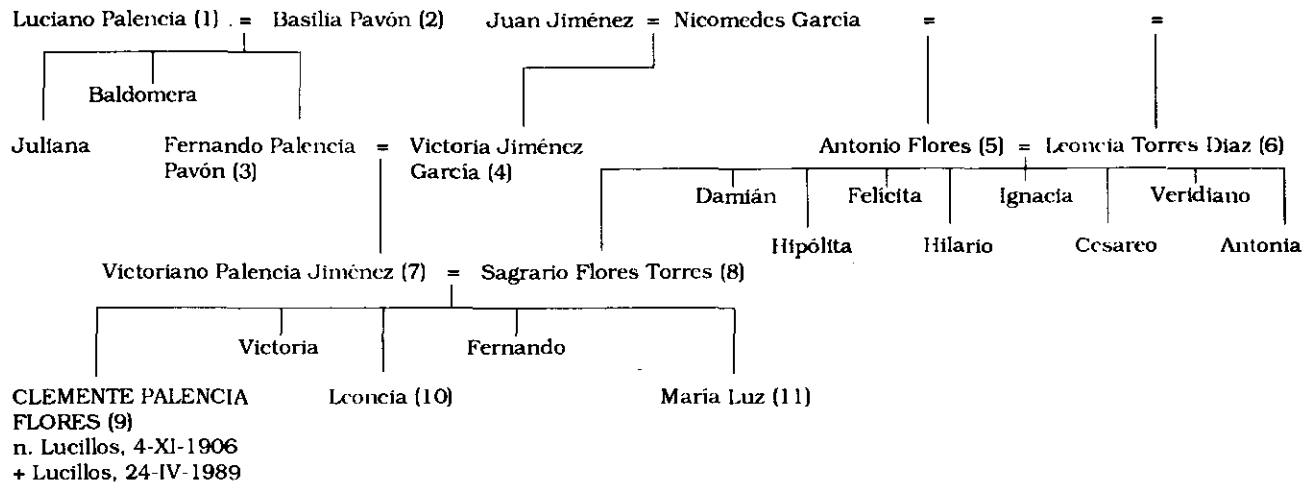
NOTAS ESPECIFICATIVAS QUE SE CORRESPONDEN CON EL ARBOL GENEALÓGICO RESEÑADO EN LA PÁGINA ANTERIOR ANTERIOR.

- (1) Natural de Lucillos
- (2) Natural de Lucillos
- (3) Nació en Lucillos* en 1849 y aquí murió el 28 de abril de 1934, de "traumatismo en la bóveda craneana..."
- (4) Nacida en Lucillos, murió en 1872 ó 1873.
- (5) Nació en Cazalegas.
- (6) Nació en Cazalegas y aquí murió el 26 de enero de 1931.
- (7) Nació en Lucillos el 12 de enero de 1882 y aquí murió, a los 68 años de edad, el día 1º de mayo de 1950.
- (8) Nació en Cazalegas en mayo de 1884. Murió en Lucillos el 3 de julio de 1975.
- (9) Nació en Lucillos el 4 de noviembre de 1906, y murió** en este mismo pueblo el 24 de abril de 1989 de una "parada cardio-respiratoria, insuficiencia cardíaca", en la calle Primo de Rivera. Fue comprobada su muerte por el médico D. Paulino Barbón Suárez, Colegiado núm. 3.658, según parte 1034056.
Se celebró el funeral "corpore insepulto" en la iglesia de Lucillos, a las 6,30 horas de la tarde del día 25 de abril.
- (10) Murió en Lucillos, soltera, el 2 de noviembre de 1956.
- (11) Murió en Lucillos, soltera, el 12 de junio de 1957.

* A pesar de figurar este lugar en su Acta de Defunción, su nieto Fernando Palencia Flores nos informa, tal vez equivocado, que nació en El Casar de Escalona.

** Falleció a las 6,30 horas del día citado.

ARBOL GENEALOGICO DE DON CLEMENTE PALENCIA FLORES



BIBLIOGRAFÍA

CECILIA, María del Pilar, *Autores toledanos del siglo XX*. Toledo.

FERNÁNDEZ POMBO, Rafael, *Ejercicio poético*. Sevilla, 1982.

JIMÉNEZ DE GREGORIO, Fernando, *Diccionario de los pueblos de la provincia de Toledo*. Toledo, 1962.

MORENO NIETO, Luis, *Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia*. Toledo, 1977.

PALACIOS, Amador, *Poetas toledanos vivos*. I.P.I.E.T. Toledo, 1981.

PALENCIA FLORES, Clemente, *El poeta Gómez Marriquer, Corregidor de Toledo*. Toledo, 1943. *El Cardenal Lorenzana. Protector de la cultura en el siglo XVIII*. Toledo, 1946. *El poeta toledano Rojas Zorrilla*. Toledo, 1948. *Museo de la Santa Hermandad*. Toledo, 1958. *Diálogos junto al camino*. Toledo, 1960.

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES Y CIENCIAS HISTÓRICAS DE TOLEDO. Varios números de distintas épocas de la revista-boletín *Toletum*, especialmente los números 16, 19 y 23.

VILLAVERDE GIL, Alfredo, *Antología poética de la Primera Semana de Poesía de Castilla-La Mancha*. Guadalajara, 1982. *Cien poetas de Castilla-La Mancha*. Guadalajara, 1986.

INDICE

INTRODUCCION _____	5
EL PROFESOR _____	6
EL ACADEMICO _____	11
EL HISTORIADOR, EL INVESTIGADOR, EL CRONISTA _____	19
EL POETA _____	24
"AL FONDO, LA CIUDAD RESPLANDECIENTE" _____	34
COLOFON _____	40
APENDICE _____	41
BIBLIOGRAFIA _____	43



Últimos títulos publicados:

- 61.- *Historia de El Carpio de Tajo*,
por Faustino Moreno Villalba.
- 62.- *Bandoleros en los Montes de Toledo*,
por Ventura Leblic García.
- 63.- *Talavera, regalo para una reina*,
por Angel Ballesteros Gallardo.
- 64.- *Azután, villa de Señorío Monástico Femenino*,
por Fernando Jiménez de Gregorio.
- 65.- *Los conventos de clausura femeninos de Toledo*,
por Manola Herrejón Nicolás.
- 66.- *Una institución toledana: don Clemente Palencia Flores*,
por Rafael Fernández Pombo.



De próxima publicación:

Breve historia de Los Navalucillos,
por Enrique Molina Merchán.

La Escuela de Artes de Toledo,
por Eugenia Muñoz Barragán.



En preparación:

Cervera de los Montes,
por José Carlos Gómez-Menor Fuentes.



toledo

diputación provincial